

Rioja y ocupa todo lo de Navarra incluso Logroño: el aragonés reclama su parte según lo convenido; niégasela el castellano, y al propio tiempo celebra paces con Navarra para asegurar lo conquistado. Las tierras tomadas en la Rioja son adjudicadas á Castilla, con la condición de que en diez años no pueda mover guerra á Navarra, ó de lo contrario se las restituya; y como garantía de este pacto se estipula que quedan en tercería en poder de un caballero castellano, elegido por el rey D. Sancho á propuesta en terna hecha por D. Alonso. La devolución habrá de verificarse también si el rey de Castilla muriese sin hijo ó hija de legítimo matrimonio. Al propio tiempo se señalan los límites de Navarra con Castilla por las provincias vascongadas, tirando una línea desde Durango por el río Zadorra hasta el Ebro.—Hecha la alianza, cesó de inquietar á Navarra el rey de Aragón, y D. Sancho *el Sabio* se dedicó pacíficamente á los negocios interiores de su reino. Desde este tiempo los reyes de Navarra renunciaron las justas pretensiones que tenían á unos estados que hasta la infausta muerte de D. Sancho *el Noble* ó de *Peñalén* habían poseído con pasajeras contradicciones: lo cual no quiere decir que no aprovecharán en lo sucesivo algunos de ellos las buenas ocasiones que se les presenten para dilatar su reino por la ribera derecha del Ebro.

Con mucha frecuencia ocurrieron hechos gloriosos en las contiendas de castellanos y navarros por la posesión de esta hermosa comarca, y hubo ocasiones en la época llamada *caballerescas* en que las hazañas de unos y otros contendientes rivalizaron con las de los antiguos romanos. En tiempo de D. Felipe *el Noble* de Navarra, mientras era considerado dueño de la Rioja D. Alfonso XI de Castilla, con motivo de los tratados matrimoniales ajustados entre la infanta D.^a Juana, hija de aquel, y el infante D. Pedro, primogénito del rey D. Alonso IV de Aragón, se avivó la discordia que ardía ya entre los dos Estados; y confederándose Aragón y Navarra contra Castilla, hubo un momento en que todo eran preparativos bélicos en ambas

orillas del Ebro. En la villa de Cortes estrechábanse las manos en señal de cordial alianza D. Pedro González de Morentín, rico-hombre navarro, y el arzobispo de Zaragoza D. Pedro de Luna. El gobernador Sully recibía en Tudela las tropas aragonesas que mandaba el poderoso D. Lope de Luna y los 1,500 caballos que conducía D. Miguel Pérez de Zapata. Esta gente y la navarra unidas penetraban en Castilla y recobraban el monasterio de Fitero—no declarado aún en aquel tiempo como perteneciente á Navarra (1)—y el castillo de Tudejen. Por su lado el rey de Castilla reunía en Alfaro más de 2,000 caballos y mucha infantería al mando de D. Martín Fernández Portocarrero, y el gobernador Sully le envió este altanero mensaje:—Mañana saldré á recorrer la hermosa huerta de Alfaro.—Podéis excusar la incomodidad, le responde Portocarrero, porque yo iré á buscaros á Tudela.—Los navarros y los aragoneses, demasiado suspicaces, ven en esta contestación una estratagema para acometer á Fitero, y agolpan toda su caballería en sus contornos; pero los castellanos, cumpliendo lo prometido, preséntanse al amanecer sobre Tudela: sale de la ciudad la infantería navarra y aragonesa para hacerles frente, y es derrotada por los castellanos. La caballería que se había juntado en Fitero, advertida demasiado tarde de su engaño, acude á socorrer á Tudela, y tropieza en el camino con el ejército castellano victorioso, y careciendo de la base de la infantería, sufre una completa derrota. El aragonés Zapata queda prisionero de Castilla, y los vencedores recobran á Fitero y Tudejen, y saquean todos los pueblos desde el Ebro hasta el Moncayo.—Entre tanto por la parte de Logroño parecía ser igualmente favorable la fortuna á las armas de D. Alfonso XI: había venido de Francia en auxilio de Felipe de Evreux su pariente el conde Gastón de Foix, el cual invade resueltamente el territorio de Logroño; la ciudad

(1) No lo fué hasta la sentencia pronunciada por un Legado Apostólico en 3 de Octubre de 1374. V. el cap. XXXII. FITERO.

estaba bien fortificada, y salió su guarnición á batir al francés al otro lado del puente; fueron en la primera acometida arrollados los castellanos, y vencidos y vencedores mezclados iban á penetrar en la ciudad, cuando un noble y esforzado escudero castellano, llamado Ruy Díaz Gaona, haciendo cara á los navarros, nuevo Horacio Cocles, se opone á su paso con dos compañeros, estorbándoles por algunos instantes franquear el puente y dando tiempo á que los vencidos se encierren en la ciudad. Ruy Díaz murió gloriosamente en aquella acción heroica, salvando con ella al ejército castellano, y el Ebro dió honrosa sepultura á su cadáver cubierto de heridas en el pozo que aún hoy conserva su nombre.—Las hostilidades de que era teatro la Rioja durante el reinado de Felipe de Evreux no cesaron hasta que llegó á Navarra el nuevo gobernador Saladín de Anglera, Señor de Chenesi, con instrucciones para procurar la paz. Entonces se celebraron vistas por los enviados de ambos reinos entre Viana y Logroño, nombráronse jueces compromisarios, y se acordó la restitución de los prisioneros de una y otra parte, con inclusión de los aragoneses, fijando los precios de sus rescates según la calidad de las personas: el de Miguel Pérez de Zapata fué de 85,000 maravedises. Los compromisarios adjudicaron á Navarra algunos pueblos de la frontera, y la paz quedó restablecida. Fueron sucediéndose los gobernadores franceses, indiferentes al interés de los navarros de recobrar lo perdido del Ebro allende, y por último el mismo rey Felipe contribuyó personalmente á que aquel interés cediese el puesto á otro móvil de más elevada política, cual era la guerra contra los moros, á que le impulsaba el deseo de rivalizar con el héroe del Salado en el sitio de Algeciras. La emulación unió á los dos reyes, y la paz no volvió á alterarse en la región fronteriza por entonces, aun después del desgraciado fin que el rey de Navarra encontró en quella especie de aventura caballeresca; y tan cordial fué en D. Alfonso XI el propósito de conservarla, que aunque tuvo pretexto para acometer á Tudela, Corella y Cintruénigo en la

guerra concejil de estos pueblos con Alfaro por contiendas sobre comunidad de pastos, se abstuvo de ello *por hacer honra y acatamiento á la reina de Navarra*.

No así bajo el reinado de Carlos *el Malo*. Este monarca procuró, aunque sin resultado permanente, recobrar lo perdido en Castilla por sus antecesores, y en la política de engaños y perfidias propia del siglo XIV encontró á veces recursos para satisfacer sus deseos sin derramar la sangre de sus súbditos. En 1360 invaden esta comarca D. Enrique de Trastámara y D. Tello: acude D. Pedro para impedirlo: encuéntrase con Don Enrique cerca de Nájera, le derrota y toma esta ciudad. Siete años después, en 1367, los habitantes de aquella pudieron ser testigos de una nueva colisión entre los dos pretendientes animados de fratricida saña: los ejércitos de ambos chocaron en Navarrete: en el de D. Pedro militaban el *Príncipe Negro*, Oliverio Clisson, Juan Chandos, el Captal de Buch y el conde de Foix: con D. Enrique estaban el terrible Du Guesclin, el mariscal de Audeneham y el Bègue de Villaines. No han vuelto á presentar aquellos campos de Nájera y de Navarrete un espectáculo igual. En los años 1366 y 1367 los dos competidores al trono de Castilla brindaron á Carlos *el Malo* cada cual por su parte con la entrega de Logroño en pago de su alianza; la ocupación no tuvo entonces efecto, pero se realizó un año más tarde, en 1368, merced á la confusión que en los pueblos de una y otra ribera produjo el ver á Calahorra y á todas las poblaciones de Castilla hasta León abrir las puertas al ejército francés que venía á reponer á D. Enrique en el trono. Entonces se entregaron al navarro Logroño, Vitoria, Salvatierra y Santa Cruz de Campezo (1). Pero la solercia

(1) Aunque los historiadores Moret y Yanguas suponen que estas poblaciones se entregaron voluntariamente al rey de Navarra, creemos nosotros que esta entrega, al menos en cuanto á Logroño, no se verificó sin alguna sangrienta colisión. Así nos lo persuaden ciertos documentos del *Arch. de Comp.*, Caj. 23, n. 14, 19 y 67, en que vemos á Carlos *el Malo* recompensar á Arnalt Lup, señor de Lucxa,

y el fingimiento no podían dar frutos duraderos, y cuando en la lucha fratricida que conmovió á toda la península quedó D. Enrique II proclamado vencedor y rey de Castilla sobre el charco de sangre de Montiel, el rey de Navarra se vió precisado á restituirle lo que de D. Pedro había obtenido en pago de su falsa amistad. Volvió Logroño á Castilla, y esta plaza fronteriza fué entregada para su defensa al adelantado mayor D. Pedro Manrique. Ahora veremos el papel que representó éste en la complicada escena de intrigas y maldades de aquel tiempo.

La exaltación de D. Enrique al trono puso á los reyes de Navarra y de Aragón en gran cuidado: confederáronse, entregándose mutuamente lo que cada uno retenía del otro, y para conciliar las diferencias que entre ellos existían sobre términos, nombraron árbitros. El navarro además atrajo á su devoción al terrible Du Guesclín que había puesto la corona en las sienes al castellano. Los temores de los dos reyes empezaron á verse confirmados por la parte de Francia. Carlos *el Prudente*, aliado de don Enrique, declaró la guerra á los ingleses, y trataba de envolver en ella al rey de Navarra para quitarle sus estados de Normandía. D. Carlos *el Malo* viendo la tempestad que le amenazaba, marchó á Francia é hizo asiento en su villa marítima de Cherbourg: de aquí pasó á Inglaterra, tuvo conferencias secretas con el rey Eduardo; y la reina Juana de Navarra que había quedado con el gobierno del reino, ratificó la alianza hecha con Aragón contra D. Enrique de Castilla. D. Carlos, de vuelta de su viaje á Inglaterra, por intervención de Du Guesclín, que aunque se había hecho su *hombre lige* era condestable de Francia, celebró vistas con su aborrecido cuñado en Vernón, y en ellas ratifica-

por los buenos y agradables servicios que le presta cada día, y especialmente en la entrada de la villa de Logroño en el ayño sesenta y ocho conquistada, en la qual entrada el conquista (dice el mismo Arnalt, que otorga una carta de pago) yo pusi primero la vándera del dicto Seynor Rey el tomé por eyll la posesion de la dicta villa, de la puent et de las fortalezas deilla, etc.

ron los dos monarcas, navarro y francés, tratos tan mentidos como todos los anteriores. El de Francia pidió á su pariente que le enviase sus dos hijos, D. Carlos y D. Pedro, para criarlos en su palacio, pero con la secreta intención de tenerlos como en rehenes que le respondiesen de la fidelidad del padre. Requirió por este tiempo D. Enrique de Castilla á D. Carlos de Navarra para que le restituyese las plazas de que se había apoderado durante la guerra con D. Pedro *el Cruel*, y la reina gobernadora logró que esta diferencia se remitiese á la decisión del Papa. Por la sentencia del cardenal Guidón de Bolonia, legado de Su Santidad, se dispuso que el navarro restituyese dichas plazas; que en cambio recibiese del castellano 20,000 doblas por lo que había gastado en sus fortificaciones; que el infante primogénito de Navarra se uniría en matrimonio con la infanta de Castilla D.^a Leonor; y que el rey de Navarra enviaría en rehenes á la corte de Castilla al infante D. Pedro. Medio asegurada de esta manera la paz con el inglés, el francés y el castellano, ocupóse D. Carlos de Navarra, como mediador á solicitud del rey Eduardo, en establecer también la paz entre Castilla é Inglaterra, y con este fin pasó á la corte de D. Enrique, aunque sin efecto; pero Carlos de Francia concibió recelos de este viaje, y fué menester que la reina D.^a Juana fuese apresuradamente á desvanecer las cavilaciones del rey su hermano. Celebróse en Soria el casamiento del príncipe D. Carlos con la infanta D.^a Leonor de Castilla, y ambos esposos vinieron á Navarra, con el infante D. Pedro que había estado en rehenes..., y aquel mismo año la paz entre Castilla y Navarra quedó rota como tela urdida con hilos de araña. La causa del rompimiento fué bien liviana por cierto, pero entre contrayentes sin buena fe no era de esperar otro resultado. El rey de Castilla se había obligado á entregar á su hija en dote ciento veinte mil doblas de oro, y al verificarse el casamiento sólo entregó ciento cincuenta mil reales en plata: el rey de Navarra se obstinó en no recibir sino el oro contratado, y la plata aprontada por D. Enrique quedó depositada en

Logroño mientras se decidía la cuestión. De aquí se siguió la guerra, y D. Carlos lo perdió todo.

Por otra parte la alianza entre Francia y Navarra, no mejor urdida, fracasó también con ocasión de haber muerto el rey Eduardo de Inglaterra. Temía D. Carlos *el Malo* que en estas circunstancias se valiese su cuñado el francés de todos sus recursos para despojarle de cuanto en aquel reino le había quedado, y determinó entonces echar mano de sus ardidés y artificios para acabar con aquel irreconciliable enemigo. Hizo que el príncipe D. Carlos pasase á Francia, con el pretexto de visitar á su tío y para acariciarle y adormecer su suspicacia, pero con muy distinto propósito, como luego se demostró. Llevó el príncipe en su comitiva á dos sujetos, únicos depositarios de las verdaderas intenciones del padre, y hombres de toda su confianza, que eran Jacques de la Rue y Pierres de Tertre, camarero el uno y secretario el otro del rey de Navarra. Llegó el príncipe á Evreux, capital de los estados de D. Carlos en Normandía, y desde allí se adelantaron aquellos dos confidentes á presentarse al rey de Francia. Éste, que sospechaba ó sabía las intenciones de los enviados, los hizo poner en estrecha prisión, apoderándose de sus papeles. El príncipe, inocente de la causa que movía á su tío para tan extraño procedimiento, pasó inmediatamente á verle, y le sucedió lo mismo que al camarero y al secretario. La Rue y Tertre fueron puestos en tormento, y no solamente confesaron las relaciones del rey de Navarra con el inglés, encaminadas á deshacerse del rey de Francia para partirse sus estados, sino que declararon además el propósito de Carlos *el Malo* de envenenar á su cuñado. Jacques de la Rue murió en el cadalso como partícipe en los designios de su rey, y Pierres de Tertre estuvo un año en prisión. El príncipe fué llevado al parlamento de París á oír la sentencia formulada contra su padre, la cual le despojaba de todos sus pueblos de Normandía; é inmediatamente después, el rey Carlos de Francia envió allá un ejército que, á pesar de la resistencia de las guar-

niciones navarras, se apoderó de todas las plazas, á excepción de Cherbourg, que se defendió obstinadamente. Y como el rey D. Enrique de Castilla obraba en todo de acuerdo con el rey de Francia, la guerra volvió al punto á estallar en la frontera de Navarra poniendo en conflagración la ribera del Ebro.

Dijimos que mandaba esta frontera por la parte de Castilla el Adelantado mayor D. Pedro Manrique. Fiel el rey de Navarra al sistema de corrupción y soborno tan usado en las guerras de su siglo, entabló tratos secretos con éste para que le entregase á Logroño por veinte mil doblas de oro; manifestó Manrique no desagradarle la proposición, pero al mismo tiempo dió noticia á su rey del ofrecimiento del de Navarra, y aquél le ordenó que continuase en las negociaciones, recibiendo el dinero y procurando apoderarse de la persona del rey Carlos. Conceratóse el modo de la entrega, y el navarro acudió á Viana con cuatrocientos caballos: Manrique recibió las veinte mil doblas de mano de Fray García de Eugui, confesor del rey: marchó Don Carlos á Logroño, metiendo en la ciudad la mayor parte de su gente; pero concibió sospechas, y se negó á entrar á pesar de las reiteradas instancias del castellano, y retirándose otra vez á Viana con la tropa que le quedaba, quedó en expectación de lo que convendría hacer. Manrique entonces acometió á los navarros que habían penetrado en la población, y los desarmó; la parte de ellos que se pudo reunir, ganó el puente, mas la puerta de en medio estaba cerrada, y en aquel estrecho sin salida pelearon varonilmente vendiendo caras sus vidas. D. Martín Enríquez, que llevaba el estandarte real, saltó al río y lo pasó á nado: algunos de los que le siguieron lograron la misma suerte; pero muchos se ahogaron.—La falsedad y la doblez con que procedió el Adelantado Manrique merecen detenido estudio, y afortunadamente hay documentos que no consienten se extravíe el juicio acerca de la conducta de tan malvado personaje.

El conocimiento de las depravadas costumbres de la época es de capital interés tratándose de un siglo tan incompletamente